

El cuarto del tragaluz¹

Por O. Henry

Traducción de Diego García Sierra

Lo primero que la señora Parker mostraba era los dos salones. Nadie se atrevería a interrumpir su detallada descripción de las comodidades de aquella vivienda y de los méritos profesionales del caballero que la ocupó durante ocho años. Entonces uno se las arreglaba para declarar, tartamudeando, que no era ni médico ni dentista. La señora Parker recibía esta revelación con tal gesto, que desde entonces uno no podría albergar los mismos sentimientos hacia sus propios padres, quienes no se preocuparon por brindarle educación en alguna de las profesiones dignas de los salones de la señora Parker.

Después uno ascendía un tramo de las escaleras, desde donde podía apreciar la parte posterior del segundo piso, que se arrienda por ocho dólares. Convencido, por la fina actitud de su dueña, de que realmente cuesta los 12 dólares que el señor Toosenberry siempre pagó hasta que se marchó para administrar la plantación de naranjas de su hermano en Florida, cerca a Palm Beach —donde la señora McIntyre solía veranear en un amplio cuarto con vista y un baño privado—, uno lograba balbucear que buscaba algo todavía más barato.

Si uno sobrevivía al desdén de la señora Parker, era llevado a dar un vistazo a la espaciosa habitación del tercer piso, ocupada por el señor Skidder (quien se dedicaba a escribir obras de teatro mientras fumaba cigarrillos todo el día). Su lugar no estaba disponible, pero todos los solicitantes debían pasar por allí para admirar las cortinas con lambrequines. Después de cada visita, el señor Skidder, por temor a ser desalojado, pagaba una parte de su renta.

Solo entonces —oh, finalmente—, si uno todavía se sostenía en pie, con la mano caliente aferrada a sus tres monedas húmedas en el bolsillo, y ya ronco de proclamar su horrorosa, árida y culposa pobreza, la señora Parker abandonaba su papel de Cicerón. Graznaba agudamente la palabra “Clara”, daba la espalda y bajaba las escaleras. Entonces Clara, la sirvienta morena, acompañaba al visitante por los escalones alfombrados que llevaban al cuarto piso, y le enseñaba el cuarto del Tragaluz: un

espacio de dos metros por dos con cincuenta, en medio del ático, con oscuros armarios de madera a cada lado, a modo de alacenas.

Había en él un catre de hierro, un lavabo y una silla. Un estante hacía las veces de tocador. Sus cuatro paredes desnudas parecían aprisionar a su ocupante como los maderos de un ataúd. Uno se llevaba la mano a la garganta, suspiraba, miraba hacia arriba como si estuviera dentro de un pozo... y respiraba de nuevo. A través del vidrio del pequeño tragaluz se distinguía un cuadrado de azul infinito.

—Dos dólares, eh —decía Clara en un tono sureño casi despectivo.

Un día la señorita Leeson fue allí en busca de una habitación. Llevaba consigo una máquina de escribir diseñada para que la cargara una mujer mucho más corpulenta. Ella era una joven diminuta, con unos ojazos y una cabellera que siguieron creciendo después de que ella dejara de hacerlo, y que siempre parecían decir: “¡Caramba! ¿Por qué no nos alcanzaste?”.

La señora Parker le mostró sus dos salones. “En este armario —dijo— se podría guardar un esqueleto, o la anestesia, o carbón...”.

—Pero... yo no soy ni doctora ni dentista —dijo la señorita Leeson, temblorosa.

La señora Parker le dirigió esa mirada incrédula, compasiva, despreciativa y fría que guardaba para quienes no llegaban ni a doctores ni a dentistas, y siguió hacia el segundo piso.

—¿Ocho dólares?! —exclamó la joven—. ¡Vaya! ¡Pero si no soy de plata, aunque me vea tan pálida!² Soy solo una humilde trabajadora. Muéstreme algo más alto y más barato.

Cuando sintió ruidos en su puerta, el señor Skidder se levantó de un salto, desperdigando sus colillas por todo el piso.

2 En el original: “Dear me! I’m not Hetty if I do look green”. Hace referencia a Hetty Green (1834-1916), apodada “La bruja de Wall Street”, negociante norteamericana famosa por el manejo de sus finanzas durante la “Era dorada” (1865-1901) y por ser la primera mujer en tener impacto considerable en Wall Street. Fue la misma Green quien acuñó esta frase, para expresar que no era ni tan rica ni tan inocente. Valga señalar que en 1906, fecha de publicación de este relato, había signos de debilitamiento en la economía estadounidense, después de lo cual vino el “Pánico de 1907”, que afectó sobre todo a los inversionistas, pero que se reflejó en la disminución de los salarios y en el aumento del desempleo entre la población. N. del T.

1 “The skylight room” fue publicado por primera vez en 1906, como parte del libro de cuentos *Los cuatro millones* de O. Henry, seudónimo de William Sydney Porter (1862-1910).

—Disculpe, señor Skidder —dijo la señora Parker con su malévolas sonrisa, mientras él palidecía. —Ignoraba que estuviese en casa. Quería que la señorita viera sus cortinas.

—Son encantadoras —dijo la señorita Leeson, sonriendo tal como lo hacen los ángeles.

Una vez se marcharon, el señor Skidder se ocupó en reemplazar a la heroína alta y de cabellos negros de su más reciente drama (aún sin terminar), por una protagonista menuda y pícara, de abundante cabellera clara y con facciones vivaces.

—Anna Held querrá representarla³ —se dijo el señor Skidder apoyándose en las cortinas y perdiéndose entre una nube de humo como si fuera un ser etéreo.

En ese momento, el llamado resonante de “¡Clara!” anunciaba a los cuatro vientos la situación económica de la señorita Leeson. Entonces una duende de piel oscura se apoderó de ella, la condujo por una tenebrosa escalerilla, la arrojó en una bóveda con un rayo de luz en lo alto, y masculló las palabras amenazadoras y cabalísticas:

—¡Dos dólares!

—¡Lo tomo! —suspiró la señorita Leeson, dejándose caer en el rechinante catre de hierro.

La jovencita salía todos los días a trabajar. Por las noches regresaba con cuartillas manuscritas y las transcribía en su máquina.

Algunas veces, cuando no tenía trabajo en las noches, se sentaba en los rellanos de las escaleras superiores con los demás inquilinos.

La señorita Leeson no estaba destinada para un cuarto con tragaluz como aquel. Era una chica alegre y animosa, llena de fantasías tiernas y singulares. En cierta ocasión permitió al señor Skidder que le leyera tres actos de su gran comedia (aún sin publicar): “No es una niña o La heredera del Metro”.

Los inquilinos varones se deleitaban siempre que la joven tenía tiempo para sentarse en las escaleras por una o dos horas. Por su parte, la señorita Longnecker, una mujer rubia y alta, maestra en una escuela pública, que siempre respondía con un “¡Sí, claro!” a todo lo que uno le decía, se sentaba en el escalón superior y figoneaba. Y la señorita Dorn, que trabajaba en una tienda por departamentos

3 Anna Held: actriz y cantante polaca que actuó en París y posteriormente cosechó éxitos en Broadway. Falleció en Nueva York en 1908, a la edad de 46 años. N. del T.

y se distraía los domingos jugando al tiro al pato en Coney Island, se sentaba en el escalón inferior, también a figonear. La señorita Leeson se ubicaba en el peldaño del centro, y rápidamente los caballeros se agrupaban a su alrededor. En especial el señor Skidder, quien ya se la había imaginado como la protagonista en un drama privado y romántico (confidencial) en la vida real. Y especialmente el señor Hoover, de cuarenta y cinco años, regordete, colorado y soso. Y también de manera especial el joven señor Evans, que fingía una aguda tos en presencia de la chica para que ella le suplicara que dejase de fumar. Los hombres la designaron como “la más divertida y jovial de todas”; pero las figonas en ambos extremos de las escaleras eran implacables.

Ruego que en este punto se excuse una pausa en el drama, para que el coro avance hacia las luces del proscenio, derrame una lágrima elegíaca sobre la obesidad del señor Hoover, y entone con flautas la tragedia de su grasa, lo escandaloso de su mole, lo calamitoso de su corpulencia. En sus cortejos, Falstaff⁴ hubiese podido apostar más romanticismo por tonelada, que por gramo el enflaquecido Romeo. A un enamorado se le admite suspirar, pero no resoplar. Los gordos quedan incorporados al cortejo de Momo.⁵ En vano late el más fiel corazón ubicado sobre una cintura que mide más de un metro. ¡Olvidalo, Hoover! Un Hoover de cuarenta y cinco años, colorado y soso, hubiese conquistado a la mismísima Helena; pero un Hoover de cuarenta y cinco años, colorado, soso y además gordo, está condenado a la perdición. Nunca hubo posibilidades para ti, Hoover.

Una noche de verano, mientras los inquilinos del edificio se hallaban así sentados, la señorita Leeson alzó su mirada al cielo y exclamó con su alegre sonrisa: “¡Miren, allí está Billy Jackson! Desde aquí también puedo verlo”.

Todos miraron a lo alto, algunos hacia las ventanas de los rascacielos, y otros buscando alguna aeronave pilotada por el tal Jackson.

—Es esa estrella —explicó la jovencita, señalando con su delgado dedo—. No la grandota que titila, sino la de luz azul fija que está al lado. Puedo verla todas las noches por mi tragaluz; la he bautizado Billy Jackson.

—¡Sí, claro! —dijo la señorita Longnecker—. Ignoraba que fuese usted astrónoma, señorita Leeson.

4 Personaje de *Las alegres comadres de Windsor*, comedia de Shakespeare en la que aquel, gordinflón y pendenciero, se ve en la necesidad de cortejar a dos damas con el fin de mejorar su situación financiera. N. del T.

5 En la mitología griega, Momo era la personificación del sarcasmo y las burlas. N. del T.

—Oh, sí —dijo la pequeña contempladora de estrellas—. Sé tanto como cualquiera de ellos sobre la moda que se llevará el próximo otoño en Marte.

—¡Sí, claro! —replicó la maestra de escuela—. La estrella a la que usted se refiere se llama Gamma, de la constelación de Casiopea; es casi de segunda magnitud, y su ubicación, según el meridiano, es...

—Opino —la interrumpió el joven señor Evans— que Billy Jackson es un nombre mucho mejor para esta estrella.

—¡De acuerdo! —agregó el señor Hoover en voz alta y mirando desafiante a la señorita Longnecker—. Creo que la señorita Leeson tiene tanto derecho a nombrar las estrellas como cualquiera de esos viejos *astrólogos*.

—¡Sí, claro! —dijo la señorita Longnecker.

—Me pregunto si es una estrella fugaz —señaló la señorita Dorn—, veloz como los disparos. El domingo pasado le atiné a un conejo y a nueve de diez patos en el juego de tiro en Coney.

—Desde aquí no se puede apreciar bien —dijo la joven inquilina—. Deberían verlo desde mi cuarto. ¿Saben que las estrellas se pueden ver desde el fondo de un pozo, incluso si es de día? Por las noches mi cuarto es como el fondo de una mina de carbón, y por eso Billy Jackson parece el gran broche de diamante con el que la noche se sujeta su kimono.

Después de aquel episodio, llegó una época en la que la joven mecanógrafa ya no traía a casa montones de papeles para transcribir. Cuando salía en las mañanas, en lugar de trabajar iba de oficina en oficina, con el corazón deshecho por la constante lluvia de negativas que le transmitían una serie de mensajeros insolentes. Esta situación se prolongó por largo tiempo.

Una noche, mientras ascendía con paso fatigado por la escalera del edificio, a la hora en la que solía regresar de comer en el restaurante □ con la diferencia de que esta vez no había cenado □, se encontró en el vestíbulo con el señor Hoover, quien se lanzó a saludarla descargando su adiposidad sobre ella como un alud, y creyó tener un golpe de suerte: le pidió que se casara con él. Ella logró esquivarlo y se aferró al pasamano. El hombre intentó asir su mano, pero ella la levantó y lo abofeteó ligeramente.

Ascendió los escalones poco a poco, aferrándose a la barandilla. Pasó frente a la puerta del señor Skidder en el momento en el que él marcaba con tinta roja una aco-tación para Myrtle Delorme (la señorita Leeson) en su comedia (rechazada por el editor), en la que le indicaba

“girar graciosamente sobre el escenario, desde el punto L hasta llegar al lado del Conde”. Logró trepar difícilmente por la escalerilla alfombrada y abrir la puerta del cuarto del tragaluz. Se sentía muy débil como para encender la lámpara y desvestirse. Se desplomó sobre el catre de hierro, cuyos desgastados resortes apenas se hundían con su frágil cuerpo.

Y mientras yacía en aquel sombrío cuarto, propio del dios Érebo,⁶ la jovencita abrió lentamente sus pesados párpados y sonrió, pues Billy Jackson le enviaba su resplandor sereno, brillante y constante a través del tragaluz. El mundo había dejado de existir a su alrededor. Se encontraba hundida en un pozo de oscuridad, sola con el pequeño cuadrado de luz pálida que servía de marco al lucero que ella, caprichosa e inútilmente, había bautizado. La señorita Longnecker tenía razón: era Gamma, de la constelación de Casiopea, y no Billy Jackson; pero ella no podía admitir que tuviera un nombre diferente.

Tendida bocarriba, intentó dos veces levantar su brazo. Al tercer intento logró poner dos delgados dedos en sus labios y lanzar un beso a Billy Jackson desde el fondo de su oscuro pozo. Su brazo volvió a caer sin fuerzas.

—Adiós, Billy —murmuró con voz desfallecida—. Te encuentras a millones de kilómetros y ni siquiera par-padeas. Pero te mantuviste donde podía verte casi todo el tiempo, cuando no tenía nada más que tinieblas a mi alrededor, ¿no es así?... Millones de kilómetros... Adiós, Billy Jackson.

Al día siguiente, a las diez de la mañana, Clara, la criada morena, descubrió que la puerta estaba cerrada, y entre todos lograron abrirla. Dado que ni el vinagre, ni los frotos en las muñecas, ni diversas vaporizaciones lograron reanimarla, alguien corrió a llamar una ambulancia.

Muy pronto el vehículo llegó a la puerta del edificio, con su estrepitosa alarma y un joven médico de bata blanca, listo, hábil y seguro. Con una expresión entre cortés y ansiosa, se precipitó escaleras arriba, apenas diciendo: “La ambulancia que pidieron para el número 49. ¿Qué ocurre?”.

—¡Ay, doctor! —sollozó consternada la señora Parker, visiblemente más irritada por el hecho de que hubiese tal escándalo en su casa que por cualquier otro motivo—. No entiendo qué le sucede. No conseguimos que vuelva en sí. Es una jovencita, la señorita... Els... ¡ah, sí!, la señorita Elsie Leeson. Es la primera vez que en mi casa...

6 En la mitología griega, dios de la oscuridad y las sombras, del que se dice “que llenaba todos los rincones y agujeros del mundo”. N. del T.

—¿En cuál habitación? —reclamó el médico con un vozarrón al que la señora Parker no estaba acostumbrada.

—En el cuarto del tragaluz. El que está...

Evidentemente, el médico conocía la ubicación de los cuartos con tragaluz. Se arrojó entonces por las escaleras, saltando de a cuatro peldaños a la vez, mientras la señora Parker lo seguía lentamente, tal como correspondía a su dignidad.

En el primer rellano se encontró con el médico, que ya descendía con la joven en sus brazos. Él se detuvo ante la señora y dejó soltar, en voz baja, el afilado escarpelo de su lengua. Al oírlo, la señora Parker se fue derrumbando poco a poco, como una prenda que se desliza del gancho que la sostiene. Desde entonces quedaron arrugas en su mente y en su cuerpo. A veces sus curiosos inquilinos le preguntan qué le dijo el médico. “Olvidémoslo”, responde. “Si pudiera perdonarme a mí misma por haberlo escuchado, lograría estar tranquila”.

El médico avanzó con su carga por entre la aglomeración de curiosos, e incluso hubo algunos que se retiraron para abrirle paso, pues su expresión era la de alguien que cargaba a un muerto propio. Observaron que no descargó a la joven en la camilla dispuesta para ello en la ambulancia, sino que seguía cargándola, y solo le ordenó al conductor: “¡Carajo, Wilson, a toda velocidad!”.

Y eso es todo.

¿Puede esto llamarse un relato? En el diario de la mañana siguiente vi una breve noticia. Su última oración puede ayudar al lector (como me ayudó a mí) a dar conexión a los sucesos. Decía que al Hospital Bellevue había ingresado una joven proveniente del número 49 de la calle _____, con una profunda debilidad causada por inanición. Terminaba con estas palabras:

“El doctor William [Billy] Jackson, médico que atendió el caso, asegura que la paciente se recuperará”.